

CENTENARIO DE GREGORIO MARAÑÓN

En el espejo del tiempo

Semblanza biográfica

GREGORIO MARAÑÓN Y BERTRÁN DE LIS

A mi abuelo casi nunca le oí referirse a su infancia, y muy raramente a su juventud.

El 19 de mayo de 1887, Carmen Posadillo dio a luz en Madrid a dos gemelos: Luis, que murió con tres meses, y Gregorio. Fue su padre Manuel Marañón Gómez-Acebo, abogado santanderino, culto y conservador, coautor de una conocida recopilación legislativa —el *Medina y Marañón*—. Como consecuencia de una estafa, quedó prácticamente arruinado, y hemipléjico.

A los nueve años, una fuerte neuralgia impidió a mi abuelo presentarse a las pruebas de ingreso en el bachillerato. Para asegurarse que no perdería el curso, en septiembre acudió a examinarse de la mano de Menéndez y Pelayo, quien le recomendaba. Su familia se había trasladado a Madrid, aunque pasaban las largas temporadas del verano en Santander. Allí empezó a tratar a los amigos de su padre, a Galdós, a Pereda. De ellos, y sobre todo de don Marcelino, recibió sus primeras e indelebiles lecciones de liberalismo cívico.

Nunca pude aclarar cuál fue la razón que le impulsó a los 15 años a estudiar medicina. En su casa no había ningún antecedente y predominaban las vocaciones jurídicas. Manuel Marañón acogió la decisión con disgusto. Mi abuelo fue un buen estudiante, aunque sólo obtuvo calificaciones brillantes en las asignaturas que más le interesaron. Compaginó sus intereses universitarios con otras actividades. Así, fue fundador de la Sociedad Wagneriana y jugador de un club de fútbol. Presentó un trabajo de investigación al Premio Martínez Molina, el más prestigioso galardón médico, que desde su concesión a Cajal venía declarándose desierto. Se lo otorgaron por unanimidad, sin saber que el autor era tan sólo un estudiante de quinto curso. El jurado tuvo que demorar el anuncio de su fallo con el fin de permitirle acabar la carrera.

A los 24 años obtuvo el número uno en la oposición a médico de la Beneficencia Provincial. En su servicio del hospital no sólo atendió a los enfermos, sino que pagaba la calefacción, compraba los aparatos precisos y con fre-

cuencia socorría las necesidades materiales incurables de sus pacientes.

Por aquel entonces a Jiménez Díaz le suspendieron injustamente en unas oposiciones a cátedra. Mi abuelo escribió con vehemencia contra el tribunal e incitó la protesta de los estudiantes. Royo Villanova, presidente del tribunal, aprovechó la tribuna del Senado para contraatacar a mi abuelo. El incidente terminó con un reto a duelo, siendo los padrinos de mi abuelo Teófilo Hernández y el marqués de Portago. Afortunadamente, el conflicto se sustanció mediante una simple acta de mutuas reparaciones, iniciándose una relación de amistad entre los contrincantes.

Carisma y ciencia

Se ha dicho que mi abuelo fue uno de los mejores diagnosticadores europeos de su época. Su ojo clínico, cuando la medicina contaba con escasos medios, resulta aún hoy asombroso. Para curar sabía cómo desatar las más profundas fuerzas de la psique. La conjunción de su carisma y de su conocimiento científico explica en parte el indudable poder social que tuvo.

En 1931 se dota para él la cátedra de endocrinología. Recuerdo bien la postración, de la que pronto se recuperó, que le sobrevino en el momento de su jubilación. Desempeñó una exhaustiva tarea investigadora, junto a su labor clínica y docente. Vega Díaz cataloga en casi medio centenar los descubrimientos relevantes que realizó.

En 1911, el mismo año en que obtuvo la plaza del hospital, contrajo matrimonio. Conoció a la que luego sería su mujer cuando ésta apenas tenía 14 años. Su padre, Miguel Moya, dirigía el periódico *El Liberal*. Fue un personaje influyente y de difícil convivencia doméstica. Mi abuela heredó su fuerza de carácter y su voluntad indomable. Era una mujer muy activa y sumamente ordenada. Estando un día, aún soltera, en casa de los Marañón, oyó cómo criticaban a su familia, no estimando conveniente su relación con Gregorio. Empujando la puerta, entró en la habitación y comunicó a la sorprendida tertulia que había oído todo, ratificán-



Foto familiar: Gregorio Marañón, sentado en la pierna de su padre, el abogado Manuel Marañón Gómez-Acebo. Tras él, su madre, Carmen Posadillo.

doles su propósito de casarse. Se consagró en cuerpo y alma a mi abuelo. Fue su mujer, su secretaria, su amiga. Nunca he conocido una pareja que viviera más plenamente a lo largo de toda su vida el amor y el compañerismo. Hasta sus últimos días, mi abuelo le escribía poesías que trasladaban la ternura de sus sentimientos. Fue una mujer fuerte, en la que mi abuelo encontró el mejor estímulo para su creatividad. Para cumplir con esta misión y hacerlo, además, compatible con sus otras dedicaciones hogareñas, tuvo que sacrificar en parte su propio desarrollo, algo que desde nuestra perspectiva resulta difícil de asumir. Me limitaré a constatar un hecho: ambos fueron ejemplarmente felices en su realización conjunta.

Al morir mi abuela, 17 años después que su marido, encontramos un papel, escrito a máquina posiblemente en los últimos días de mi abuelo. Lo transcribo, pues en su íntima sencillez es representativo de lo que fue su relación. "Hemos vivido trabajando, pero, gracias a Dios, con comodidad y siendo grata nuestra vida. No hemos debido nunca nada. No hemos hecho nunca nada por vanidad. Hemos ayudado poco o mucho a cuantos nos lo han solicitado. No dejamos fortuna, pero hemos educado a nuestros hijos lo mejor posible, sin faltarles ejemplo de buen vivir y cuantas enseñanzas hemos creído podrían necesitar en el curso de su vida. Les hemos enseñado sobre todo a ser serios y esperamos que no falten nunca

a esta máxima. Lo que quede al faltar uno de los dos es absolutamente del otro, porque juntos hemos vivido y trabajado y no debemos separarnos en nada".

Encarcelamiento

En 1926 mi abuelo es presidente del Ateneo. Primo de Rivera le encarcela durante un mes y le impone una fuerte multa. Poco después se pronuncia por una aproximación de la burguesía liberal y progresista al socialismo. Escribió: "Las izquierdas españolas tienen inexorablemente que orientarse hacia el socialismo... No es cuestión de ver, sino de sentir... el liberal debe comprender radicalmente las aspiraciones proletarias. Sin ello, estará siempre al servicio de los enemi-

Bibliografía

Ofrecemos una amplia muestra de la bibliografía del doctor Marañón, con la advertencia de que la gran parte de la misma se encuentra recopilada en sus *Obras Completas*. Las fechas citadas corresponden a las primeras ediciones.

Obras completas. Espasa-Calpe. Madrid, 1970-1977 (10 tomos).

Los tres Vélez. Una historia de todos los tiempos. Espasa-Calpe. Madrid, 1962.

El Greco y Toledo. Espasa-Calpe. Madrid, 1956.

Efemérides y comentarios. Espasa-Calpe. Madrid, 1955.

La medicina y nuestro tiempo. Espasa-Calpe. Buenos Aires, 1954.

El crecimiento y sus trastor-

nos. Espasa-Calpe. Madrid, 1953.

Diecisiete lecciones sobre reumatismo. (En colaboración con J. Gimena y M. Marchan.) Espasa-Calpe. Madrid, 1951.

Cajal, su tiempo y el nuestro. Viento Sur. Santander, 1950.

Crítica de la medicina dogmática. Espasa-Calpe. Madrid, 1950.

La enfermedad de Addison (Estudio de 400 casos). (Con J. Fernández Noguera.) Espasa-Calpe. Madrid, 1949.

Pathologie de l'hypophyse. (Con Ch. Richet y M. Rymer.) Bailly-Baillière. Paris, 1948.

Antonio Pérez (El hombre, el drama, la época). Espasa-Calpe. Madrid, 1947.

Españoles fuera de España.

Madrid, 1947.

Introduction à l'étude de l'endocrinologie. Alcan. Paris, 1945.

Relatos clínicos de endocrinología. Espasa-Calpe. Madrid, 1944.

Manual de diagnóstico etiológico. Espasa-Calpe. Madrid, 1943.

Alimentación y regímenes alimentarios. (Con Ch. Richet.) Espasa-Calpe. Madrid, 1942.

Luis Vives (un español fuera de España). Espasa-Calpe. Madrid, 1942.

Elogio y nostalgia de Toledo. Espasa-Calpe. Madrid, 1941.

Vida e historia. Espasa-Calpe. Madrid, 1941.

El diagnóstico precoz en endocrinología. Lima, 1940.

Nuevos problemas clínicos de las secreciones internas. Afrodisio Aguado. Madrid, 1940.

Tiempo viejo y tiempo nuevo. Buenos Aires, 1940.

Don Juan. Ensayos sobre el origen de su leyenda. Espasa-Calpe. Buenos Aires, 1940.

Estudios sobre filopatología hipofisaria. (En colaboración con Ch. Richet.) Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1940.

Nadnercza (Suprarrenales). Varsovia, 1939.

Tiberio. Historia de un resentimiento. Buenos Aires, 1939.

Manual de las enfermedades endocrinas y del metabolismo. Hachette. Buenos Aires, 1939.

Estudios de endocrinología. Espasa-Calpe. Madrid, 1938.

El climaterio de la mujer y del hombre. Espasa-Calpe. Madrid, 1937.

Los problemas clínicos de los casos fáciles. Espasa-Calpe. Madrid, 1937.

Vocación y ética. Espasa-Calpe. Madrid, 1936.

El conde-duque de Olivares (La pasión de mandar). Espasa-Calpe. Madrid, 1936.

Ginecología endocrina. Espasa-Calpe. Madrid, 1935.

Veinticinco años de labor. Espasa-Calpe. Madrid, 1935.

Las ideas biológicas del padre Fallo. Espasa-Calpe. Madrid, 1934.

Raíz y decoro de España. Espasa-Calpe. Madrid, 1933.

Once lecciones sobre reu-



En la parte superior, el doctor recorre las calles de Toledo junto a madame Herriot (2 de noviembre de 1932). Abajo, Marañón, junto a sus hijos y nietos en el cigarral de Toledo.

gos de la libertad y del orden legítimo, que es aquel que se engendra en la justicia integral".

En 1931 funda, con Ortega y Pérez de Ayala, la Agrupación al Servicio de la República, uniéndose Machado en el acto de presentación. Es diputado en las Constituyentes, aunque con tan poca intervención parlamentaria que sus discursos se publican en una edición libélesca con todas las páginas en blanco.

Ante el drama de 1936 no quiere optar. Se resiste a participar en una campaña de propaganda con la que no se identifica, pese a las amenazas que recibe. En diciembre marcha al exilio con Menéndez Pidal, y al llegar a París hace unas polémicas declaraciones, refiriéndose con dureza a la situación que ha dejado

atrás. Pero también escribía más adelante: "Cuando la contrarrevolución creció, tuvo uñas y pico... un monstruo destructor, antes que nada, del espíritu liberal". Como dijo de sí mismo, el moderado liberal que pretendió decir la verdad fue lapidado por los dos extremos.

Tolerancia y libertad

A principio de los cuarenta está convencido de que el régimen se ha consolidado y que no cabe esperar su derrocamiento. Se plantea el retorno, que no puede llevar a cabo hasta 1943.

Desde entonces hasta su muerte, mantuvo una actitud coherente con los principios en los que siempre había creído. Propugnó en sus conferencias y

en sus libros la necesidad de la reconciliación, de la tolerancia, de la libertad. Siguió defendiendo desde posiciones de progreso la modernización de su país. Mantuvo sus relaciones con el exilio en una rica correspondencia que, como las cartas de Prieto, llegaba siempre abierta y en sus encuentros personales en los veranos del sur de Francia. Al morir, sobre su mesa se encontraron documentos relativos a un proyecto de partido político de Dionisio Ridruejo.

Es evidente que la política llamó con insistencia a su puerta y que ésta se entreabrió. Pero, con lucidez, consideró que su actitud y su carácter no eran los más apropiados para el ejercicio directo del poder político y, sobre todo, prevaleció su vocación mé-

66 Nunca he conocido una pareja que viviera más plenamente a lo largo de toda su vida el amor y el compañerismo 99

dica. Refiriéndose posiblemente a la oferta que en 1931 le hicieron para que considerase su candidatura a la presidencia de la República dijo años más tarde: "Por seguir yendo todas las mañanas al hospital no he sido otras cosas más ruidosas y brillantes, de lo que nunca me alegraré bastante".

Trapero del tiempo

Se ha repetido muchas veces su expresión de ser un trapero del tiempo. En términos más prácticos, él explicaba que su jornada la organizaba como si a la noche fuese a partir de viaje. En su cuarto de Toledo tenía un azulejo popular que rezaba "Dios bendiga al que no me haga perder el tiempo". Su jornada habitual empezaba a las cinco de la mañana, cuando, con mi abuela, preparaba los planes médicos de sus pacientes. Sobre las nueve se iba al hospital. Almorzaba generalmente en casa. A las cuatro empezaba su consulta privada, que duraba hasta pasadas las diez. Antes de acostarse leía. Disfrutaba de un fin de semana corto, empezado el sábado por la tarde después de acudir al hospital. En el trayecto de Madrid a Toledo escribía sus artículos para la Prensa. En el cigarral recibía a sus amigos y conocidos de todas partes que se presentaban sin avisar, escribía y estudiaba.

Entre sus quehaceres siempre encontraba tiempo para estar con su familia. Sus nietos jamás tuvimos esa impresión de molestar que todo niño ha experimentado alguna vez respecto al mundo de los adultos. Escribía en el jardín del cigarral mientras seguimos jugando alrededor suyo. Nos llevaba a comer fuera, al cine, a los toros, desde muy pequeños, con la sensación tan singular de acompañar a alguien a quien todos señalan. Le visitábamos entre semana, aguardando con mi abuela su salida del despacho entre enfermo y enfermo para vernos y tomarse a media tarde un vaso de leche fría con canela. Recuerdo que tenía muy buen carácter, mucho sentido del humor, algún acceso de enfado, tan vehemente como pasajero, y una infinita capacidad de entusiasmo.

La última vez que le vi fue tres

días antes de su muerte. Estaba sin salir de casa, como enfermo y con algún síntoma precursor de su accidente vascular. Trabucaba alguna palabra, tenía cierta dificultad de expresión, le costaba escribir. Sabía muy bien lo que le sucedía, y temía no la muerte, pero sí la incapacidad física. En la profundidad de su mirada había un cierto velo de tristeza. Veníamos de asistir al estreno de una obra de Lorca que se representaba por primera vez desde la guerra. Se alegró de vernos y nos preguntó con interés por la reacción del público. Murió un domingo 27 de marzo de 1960. El entierro fue un imponente acto ciudadano. Desde su casa hasta Atocha, con el tráfico cortado, la multitud cubría todo el paseo de la Castellana. El régimen presidió la muerte de una vida que no fue suya. Varios miembros del Gobierno, Muñoz Grandes, Carrero Blanco, encabezaban el cortejo, entre estudiantes, intelectuales, obreros, religiosos, médicos, artistas, aristócratas... Mi abuelo convocaba por última vez a personas de ideología y posición social muy distintas. Era un día gris y lloviznaba fino. En la tristeza del ambiente latía la esperanza de que su ejemplo de conducta liberal arraigara algún día en España.

"Ya viene la sombra por los olivares y el Tajo empieza a cantar". El silencio resuena como un eco del lejano rumor del río. En este mismo lugar Valle-Inclán sintió que Toledo, todo ladrillo, polvo y adobe, se desharía con la fuerza de las próximas lluvias y Lorca deseó comerse la tierra roja que manceba en el pan. Aquí llegó a principios de siglo mi abuelo de la mano de Galdós y aquí se quedó. En el cigarral escribió casi todos sus libros y en su retiro sintió muchas veces esa "plenitud maravillosa que llamamos felicidad".

La brisa trasciende el perfume de los lilos en flor que me trasladan al jardín de mi infancia perdida. La silueta encendida de Toledo aparece como un espejo del tiempo. Prendida mi memoria en su reflejo, han emergido, entre las luces y las sombras del crepúsculo, estas imágenes de la persona siempre próxima y ya lejana de mi abuelo.

matismo. Espasa-Calpe. Madrid, 1933.
Amiel. *Un estudio sobre la timidez*. Espasa-Calpe. Madrid, 1932.
Estudios de fisiopatología sexual. Marín Editor. Barcelona, 1931.
Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo. Espasa-Calpe. Madrid, 1930.
Endocrinología. Espasa-Calpe. Madrid, 1930.
La evolución de la sexualidad y los estados intersexuales. Segunda edición del libro *Los estados intersexuales en la especie humana*. Morata. Madrid, 1930.
Los accidentales graves en la enfermedad de Addison. Morata Editor. Madrid, 1929.
El problema social de la in-

Los estados intersexuales en la especie humana. Morata. Madrid, 1929.
Manual de las enfermedades del tiroideo. Marín. Barcelona, 1929.
Amor, conveniencia y eugenesia. Historia Nueva. Madrid, 1929.
El problema de la soritilis. Ruiz Editor. Madrid, 1928.
El problema de las fibriculas. Ruiz Editor. Madrid, 1927.
El bocio y el cretinismo. Páez. Madrid, 1927.
Gordos y flacos. Cuadernos de Ciencia y Cultura. Madrid, 1926.
Tres ensayos sobre la vida sexual. Biblioteca Nueva. Madrid, 1926.
Problemas actuales de la doctrina de las secreciones

orientaciones sobre su patología y tratamiento. Calleja Editor. Madrid, 1920.
La edad crítica. El Siglo Médico. Madrid, 1919.
Manual de medicina interna. Tomo I. (Obra dirigida en colaboración con Teófilo Hernandez.) Ruiz Editor. Madrid, 1916.
La doctrina de las secreciones internas. Su significación biológica y sus aplicaciones a la clínica. Corona. Madrid, 1915.
Las glándulas de secreción interna y las enfermedades de la nutrición. Ruiz Editor. Madrid, 1914.
Investigaciones anatómicas sobre el aparato paratiroideo del hombre. Tello Impresor. Madrid, 1911.

1922.
La diabetes insípida. Nuevas Ediciones. Madrid, 1910.

La marca que corta más césped en Europa.
Con modelos adaptados a cada necesidad.

OUTRIS WOLF
Placares de Jardín

FRANCISCO CASTELLOTE, S.A.
Av. Real de Pinto, 146 - Tel. 798 00 53
Pº San Ilfan, 16 - Tel. 260 70 80

MADRID